

¡Dios mío, la vocecilla! Laura notó cómo se le agarrotaron de nuevo todos los músculos de su espalda.

—Como le decía anteriormente, aquí también el autor a través de los trazos rojos y negros pretende expresar la contradicción esencial de su alma...

Laura comprendió que eran inútiles las estrategias de disuasión y decidió cortar por lo sano.

—Un momento- dijo mientras se giraba interrumpiendo bruscamente su disertación.- ¿Acaso yo le he pedido que me dé una clase de arte? Déjeme en paz, conozco a los tipos como usted, la escuela de arte está llena de ellos, la mayoría no sois más que artistas fracasados que lidian su frustración erigiéndose en expertos intérpretes del arte de otros. O quizás simplemente es uno de esos que usando una verborrea pomposa pretenden encandilar a las muchachitas jóvenes y tontas como yo. Le digo desde ya que si lo que quiere usted es ligar conmigo no es ni mucho menos mi tipo.

El hombrecillo no decía nada, permanecía de pie frente a ella, únicamente alzó levemente la comisura de sus labios en un gesto que Laura interpretó como una sonrisa jactanciosa. Aquello la encendió todavía más. El griterío convocó las miradas de todos los visitantes de la exposición que se iban acercando curiosos hacia el lugar de la escena.

—Por favor, déjeme tranquila, no necesito sus interpretaciones ni las de nadie, yo sólo quiero dejarme envolver por la belleza de estas pinturas, no pretendo entender nada, ¿sabes guapo? ¡Que te den por el corazón!

El hombrecillo no se movió ni un paso y ahora a Laura le pareció que se reía con total descaro. Cada vez más crispada se le acercó desafiante como a veinte centímetros de su nariz. Al ver la gente alrededor se contuvo las ganas de asestarle un puñetazo. Durante tres largos segundos retó con su mirada a aquellos ojos que se escondían detrás de las enormes gafas de sol.

—Usted se cree muy listo, cree que lo sabe todo y puede hasta comprender el alma del artista, ¿Pero quién demonios se cree que es?

Entonces el hombrecillo se quitó las gafas como aceptando el reto y le apuñaló con la mirada mientras le contestaba con una tranquilidad pasmosa.

—Soy Andreu Cánovas, pero no se preocupe señorita ya me voy.

Francisco Doblas Arjona